



El viejo Lucho. Foto: Zamir Fraija.



El Tiempo

Por Zamir Fraija Arango
Estudiante judicante Programa de Derecho
Universidad del Magdalena

Amaneció más temprano que en cualquier época. El sol aumentó su intensidad, picante como se dice. El zinc acrecentó su crujiir, traqueó y traqueó, y como nunca, Teodoro Rojas no se quizo levantar, raro en él. No es la costumbre, siempre madruga y hace el café, ensilla su burro y busca la carga de agua, mientras Ligia, esa mujer incansable, pela la yuca y le saca el espiche al calabazo pa' sacar el poquito de suero. Suero hecho con la leche que da la vaca Rosa María o "La pelo fino", como también la nombro.

Ligia, bastante sorprendida, preguntó con un tono de preocupación:

— ¿Viejo, viejo, qué tiene? Lo veo bastante pálido, los ojos rojos y esta frío.

— Nada, vieja. Creo que son los años. —Contestó entre dientes Teodoro, con más arrugas que de costumbre.

Esa compañera que, por más de cuarenta años le había soportado todo, le siguió preguntando y la respuesta fue la misma. Con un esfuerzo sobre humano y sacando las ultimas fuerzas, se levantó, se puso el pantalón, las albarcas y la camisa en la mano. Cojeando y con una mano en la

El Tiempo

Por Zamir Fraijja Arango

cintura y la otra sobre la pared, sale del cuarto rumbo al baño que, como toda casa vieja, queda en la cola de patio, llegando con dificultad a orinar. Se enjuaga la boca y sale a ensillar el burro que, igual que él, ya tiene sus años.

Se escuchó el grito de Ligia.

—Mijo, no vaya.

Teo alza la mano y con un gesto desobligante contesta. Termina de ensillar como puede, amarra los potes, abre el broche y sale pa'l pozo a buscar su carga de agua. Hoy el café le toco a Ligia.

Al llegar al pozo buscó el palo de siempre: un trupillo con un tronco particular y caprichoso de esas cosas de la naturaleza. Recostó el burro, se bajó, soltó las canecas y cojeando se dirigió al tablón. Se agachó —cosa casi imposible— y llenó totuma a totuma. Mientras hizo esta repetitiva acción, recordó que casi toda su vida ha hecho esto sin descanso. Las garzas que lo acompañaban a diario no están, los galápagos asomados tampoco, todo excepto el trupillo y el pozo ha cambiado. Rueda una lágrima por su mejilla. Con un suspiro profundo se levanta para llevar la segunda caneca.

Al terminar, completó la carga y recogió una leña. Volvió camino a casa, se desvió, como siempre y, bajó al mismo palo de mango. Echó la cagada acostumbrada y siguió su camino.

Llegó a casa, bajó la carga de agua, la echó en el tanque de cemento lleno de verdín por los lloraderos que salen y se tapan, bajó la leña, la metió bajo el fogón, tomó café y se recostó un rato. Pareció que la sofocada y el sol le había ido quitando el malestar. Ligia siguió preocupada y le preguntó de nuevo.

—Aja, viejo. ¿Qué tiene?

—Nada, nada —contestó haciendo mala cara.

Llegó el medio día y después de almorzar (sardina, yuca, pasta y arroz) se tomó su segundo café, colgó la hamaca y se recostó para su siesta. Ligia, remendando los harapos viejos y lullidos, con preocupación miró a Teodoro. En toda su vida no lo había visto nunca tan demacrado.

Con la tarde, Teo dijo:

—Vieja, voy a arrancar una yuca aprovechando la fresca.

Al llegar a la rosa, se sentó un rato con la mirada perdida y nuevamente comenzó a recordar que durante toda su vida había hecho lo mismo, que los hijos hoy no estaban, que solo estaba con Ligia y que no era lo mismo. Que los hijos no lo visitaban hace más de cinco años, que no conocía a sus nietos, que su mujer, la que siempre lo acompañaba, ya no lo hacía como antes.

—Anda, pa' jodé. Los años no han pasado en vano, están pasando factura. Me siento solo y cansado —exclamó.

Para no perder y seguir la rutina diaria, ya con la yuca de regreso, se encontró con Luis María, quien le notó el semblante.

—¿Ajá, compa, qué tiene? Se le ve la cara desencajá' —preguntó Luis María.

—Nada, nada, compa. La misma vaina. Los años que no vienen solos.

Después de pensarlo, le confesó a Luis María:

—Bueno, compa, a usted no le puedo mentir. Anoche soñé que la muerte venía por mí y me dijo que aprovechara estos días, que ahorita ahorita venía y esa vaina me tiene triste, y la verdad amanecí con un desajilo y una jibaracion de solo pensar que todo ha cambiado y yo no he hecho nada en estos sesenta y ocho años. Que los hijos se fueron, la mujer la misma vaina, el tiempo pasa y no salí de este monte para nada. Todo el día he estado echándole cabeza a la vaina y si la pelúa viene, me iré sin nada.

—Claro, compa. Nada se lleva, solo las cuatro tablas —sonrió mientras lo decía.

Repicó Teo:

—No compa, en serio. Esto es serio. Nunca en mi vida me había sentido tan frustrado. Si hago un recuento de mi vida desde el nacimiento hasta ahora, creo que todo se resumiría al conformismo que nos inculcaron en la casa y que nos lleva a no arriesgar ni a tener metas más allá de la de ser padre de familia con todo lo que eso implica y hasta ahí, mis abuelos, mis padres y ahora yo, ¡qué vaina! De cosa que los hijos con el modernismo no siguieron en lo mismo.

Luis María, con algo de tristeza, le respondió:

—Viéndolo así, compa, la verdad es que estamos en las mismas. Soy un reflejo de su vida y de la de mis padres. No digo que el campo sea malo, el malo es uno que se abandona de todo y se queda aquí, sin cambiar nada.



El viejo Lucho. Foto: Zamir Fraija.

El Tiempo

Por Zamir Fraija Arango



El Tiempo

Por Zamir Fraijja Arango

—Vea, viejo Lucho, he trabajado toda mi vida, he comprado más tierras, he cultivado, he tenido mis animales y ahora la cojo más suave porque no hay hijos que criar, pero ¿sabe? sí me hacen falta los hijos. También he pensado que el cachaco Ramón González tiene años de estar detrás con que le venda las tierras. Creo que le voy a coger la caña: le vendo y me quedo con treinta cabuyas, con eso es suficiente para pasar el resto de días que me falten. Igual menos problemas para la vieja. Apenas yo muera, ahí sí vienen los hijos a joder por el poquito de tierra que deje.

—Creo que sería bueno, compa Teo, así con eso guarda un poco y lo demás aprovéchelo y viaje donde sus cuñados que hace rato que no visita. Dese sus gustos, eso es lo único que uno se lleva.

¿Sabe, compa? desde que me metí a vivir con Ligia nunca he tenido un detalle. Es hora de que salgamos a conocer y a gastarnos lo que hemos trabajado durante toda la vida. Los hijos: que trabajen y se ganen sus vainas. 🍷